



## Capítulo 611: Un ataque cobarde

La risa de Wukong todavía resonaba mientras el aire crepitaba.

Un zumbido profundo y pesado llenó Erebus —tan denso que incluso las llamas parecieron dudar. Las sombras alrededor de Virgilio se alargaron y un frío repentino arrasó el espacio.

Ada se giró con los ojos muy abiertos. "Virgilio... ¿qué es esto?"

Antes de que alguien pudiera reaccionar, se produjo el ataque.

No era relámpago, ni fuego, ni magia ordinaria. Fue algo peor.

Una ola de energía oscura—negación pura, la antítesis de la existencia.

No venía hacia Virgilio.

Lo estaba buscando.

Como si el universo mismo quisiera extinguirlo.

El sonido del impacto fue un trueno apagado.

Vergil instintivamente hizo girar a Yamato, abriendo una grieta de energía demoníaca para intentar contener el ataque, pero ya estaba exhausto.





El golpe lo golpeó desde un costado, desgarrándole el cuerpo desde el hombro hasta el abdomen.

El suelo bajo sus pies se agrietó. La sangre brotaba en chorros espesos y rojos, evaporándose tan pronto como tocaba el suelo caliente. Su traje quedó destruido, colgado en pedazos.

"¡VERGIL!" Ada gritó —un sonido de pura desesperación.

Se tambaleó un paso atrás. Su mano agarró la herida y la sangre goteaba entre sus dedos.

Su cuerpo tembló —no por miedo, sino por fracaso físico, por el colapso de la energía que lo sostenía.

"No..." murmuró, con la voz ronca, casi sin sonido. "Esto... no es posible."

La energía que lo rodeaba todavía vibraba—viva, malévola, pulsante.

Un fragmento del ataque atravesó el suelo y distorsionó el espacio, como si el propio Erebus se inclinara ante el poder desatado.

En las gradas se desató el caos.

Wukong se quedó en silencio, con los ojos muy abiertos.

Hela se puso de pie de un salto con la mirada helada.

Shiva apretó los puños, sintiendo el peso de esa fuerza.





Hades se levantó de su trono y su expresión finalmente cambió.

"¿Qué... es esto?!"

Yama dio un paso adelante con el rostro sombrío.

"Esto no es poder divino... esto es negación existencial. Una energía desde fuera de este avión."

Ada se arrodilló junto a Vergil, con las manos temblando.

"¡Vergil! ¡Mírame! ¡HOLA!"

Ella lo agarró, tratando de detener el sangrado con sus propias manos.

Pero la herida no se cerraba.

La regeneración, la llama que siempre había ardido dentro de él, estaba muerta.

Ni siquiera la energía infernal respondió más.

Vergil respiraba con dificultad. Cada exhalación hacía que la sangre burbujeara entre sus dientes.

Aun así... se rió.





Bajo, ronco, sarcástico.

"Je... alguien... finalmente... con el coraje..." Tosió, la sangre le manchó la barbilla. "...para atacarme por detrás."

Ada miró hacia arriba, desesperada, con los ojos escaneando la arena. "¿Quién hizo esto?! ¿QUIÉN FUE?!"

Una risa resonó entre los ecos del caos.

Profundo. Deformado.

No era ni humano ni divino.

El sonido parecía venir de todas partes a la vez, como si el espacio mismo se burlara de la existencia de Virgilio.



Desde lo alto de las gradas óseas, el aire se dobló. Las runas del Hades' temblaban y un cuerpo descendía lentamente —sostenido por cadenas de energía oscura que se retorcían como serpientes.

La figura aterrizó ante ellos con un ruido sordo, rompiendo el suelo bajo sus pies.

Un hombre—o algo parecido.

Tenía cuatro brazos, musculosos y cubiertos de marcas incandescentes. Cuatro ojos, dos dorados y dos negros, que se movían independientemente, observando todo con divino desdén. Y dos bocas—una en la cara, que sonreía con arrogancia, y otra... abierta por la cintura, mostrando dientes largos y



retorcidos como cuchillas. De ambas bocas escapó un aliento espeso, casi líquido, rebosante de poder y desprecio.

"Así que esto..." Su voz resonó en dos tonos —uno desde la parte superior de su boca, el otro, más profundo, desde la parte inferior de su boca. "...¿es el famoso Rey Demonio? Qué decepción."

Ada retrocedió instintivamente, el aire a su alrededor se movía como si el cuerpo de ese ser distorsionara al propio Erebus.

Virgilio, todavía arrodillado, levantó la mirada con esfuerzo. Sus ojos rojos temblaban, pero no de miedo—de rabia contenida.

El ser inclinó la cabeza, una expresión aburrida en su rostro.

"Esperaba más... honestamente."

Extendió un brazo, como si sostuviera un insecto invisible.

"Parecías más alto en las historias."

Vergil intentó levantar a Yamato, pero el brazo apenas respondió.

La hoja tintineó en el suelo, manchada de sangre.

El ser volvió a reír y la boca a su cintura siguió el sonido, creando una armonía grotesca.

"Débil. Patético. Chaos Incarnate no es más que un hombre cansado y sucio."





Las llamas a su alrededor parpadearon. Incluso las sombras del Hades dudaron en acercarse a esa presencia.

Yama dio un paso adelante y sus ojos dorados se estrecharon. "Suficiente."

El ser lentamente dirigió su mirada hacia ella —o mejor dicho, hacia un ojo.

"¿Suficiente?" Se rió, inclinándose hacia adelante como un depredador curioso. "Dijiste que querías una prueba. Sólo comencé el calentamiento."

"Te dije que lo enfrentarías en el torneo, no ahora." La voz de Yama tenía un tono grave, pero había allí una chispa de irritación —una chispa de algo más personal.

El ser se rió. "Ah, desigur. Reglas. Protocolos. Saldos." Las bocas se abrieron con una doble sonrisa. "Pero estaba distraído...y no me gusta esperar."

"¿Te atreves a atacar dentro de mi dominio sin permiso?!" Hades se levantó de su trono y su voz resonó en Erebo.

El ser simplemente lo miró—con una calma insolente.

"¿Tu dominio? Oh, Hades... este avión es solo otro punto en un mapa que puedo volver a dibujar cuando quiera." Los ojos dorados se entrecerraron. "No pongas a prueba mi paciencia. No soy uno de tus perros."

Un fuerte silencio llenó la arena.





Wukong, normalmente juguetón, mantenía una expresión seria.

Hela y Shiva intercambiaron miradas—ambos reconocieron la firma energética.

Yama apretó el puño y finalmente el nombre salió de su boca como un veredicto: "Ryōmen, mi campeón."

El nombre resonó como una frase.

Los ojos de Ada se abrieron. "Campeón...?"

Ryōmen sonrió y reveló demasiadas filas de dientes. "Campeón, sirviente, instrumento —los títulos cambian, pero el placer sigue siendo el mismo" Miró a Virgilio con desdén.



"¿Debería luchar contra esto en el Torneo Celestial? Qué broma."

Virgilio, jadeando, dejó escapar un sonido bajo — una risa sangrienta y rota. "Je... habla demasiado... para que alguien... que necesita... cuatro brazos... se sienta importante."

Ryōmen inclinó la cabeza y todos sus ojos brillaron.

"Incluso sangrando y roto, todavía te atreves a provocar. Me gusta eso." Dio un paso adelante y el suelo crujió bajo su peso. "Tal vez te rompa todos los huesos del cuerpo ahora mismo... y vea cuánto tiempo puedes durar sin desmayarte."

"No." La voz de Yama sonaba como una espada.



Ryōmen se detuvo.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. El aire a su alrededor se hizo espeso e incluso el sonido pareció desaparecer.

"Lo lastimaste fuera de las reglas", dijo Yama con frialdad. "Y por eso... lo enmendarás."

Ryōmen sonrió... una sonrisa dividida entre sus dos bocas. "¿Hacer las paces? ¿cómo? ¿Quieres que lo sane?" Se rió entre dientes y el sonido se mezcló con el profundo gruñido de la parte inferior de su boca. "Moriría antes de que terminara la primera sílaba del encantamiento."

"No," respondió Yama.

"Lo mantendrás con vida hasta el Torneo. Entero. Fuerte." Su tono cambió—cargado de autoridad divina. "Porque cuando ocurra el enfrentamiento... quiero que te destruya."

Las palabras resonaron en Erebus.

La sonrisa de Ryōmen se congeló por un instante —luego se transformó en una risa baja y lenta, como el sonido de una corriente arrastrándose en las profundidades del infierno.

"¿Quieres que me destruya?" Se inclinó ante Virgilio y su rostro casi tocó el suyo. "Entonces, Rey Demonio... sobrevive. Quiero verte arrastrarte hasta el Torneo. Quiero ver qué hace el caos cuando entiende que el abismo también puede sonreír."





Virgilio, ensangrentado, lo miró con desdén.

Sorprendentemente, el cuerpo de Vergil comenzó a sanar.

Poco a poco, las fisuras profundas de su piel se cerraron, la sangre volvió a fluir y el tejido regenerado pareció arder con una luz negra intensa. La energía demoníaca, una vez agotada, ahora se elevó como una tormenta furiosa.

No—furioso fue un eufemismo.

Esta fue la ira primordial, el caos mismo despertando en agonía y revuelta.

El suelo a su alrededor tembló y una sombra parecida a la de un dragón se deslizó debajo de él, expandiéndose hasta tocar el techo de Erebus. Las runas de contención del Hades comenzaron a vibrar.



Dentro de su alma, en lo más profundo de la Dimensión de su alma... Itarine, el Dragón de las Sombras, observaba todo con ojos como una escena...

Su voz susurraba, profunda y tensa, resonando en la mente del demonio:

"Maestro... sal de ahí ahora mismo. Tu alma... está empezando a agrietarse."

Pero mientras hablaba, ella misma se quedó en silencio... Algo andaba mal. Muy equivocado.

Las dos presencias más antiguas del mundo dracónico habían cesado.



Nivara, la Emperatriz Platino, y Crymsaria, la Emperatriz Carmesí, permanecieron inmóviles, una al lado de la otra.

La llama carmesí y el frío supremo que siempre chocaba ahora oscilaban al unísono. Ambos lo miraron en la misma dirección... hacia él.

Vergil.

El mismo espacio espiritual temblaba bajo la mirada de las dos diosas dragones.

Entonces, la voz de Nivara rugió por los cielos del alma, cada sílaba resonando como mundos que perforan truenos:

"¡Chico! ¡No me importa mi orgullo, usa mi poder! Acum! ¡Mata a este gusano!"  
El antiguo hielo rugió detrás de ella, un mar de cristales azules inclinándose en reverencia ante su furia.



Y, por primera vez en milenios, Crymsaria estuvo de acuerdo con su rival.

El fuego que la rodeaba ardía aún más intensamente, revelando sus demoníacos ojos rojos, llenos de odio y rabia.

"¡SÍ! Quítame todo si quieres, ¡pero destruye a ese bastardo! Acum!"

Por un momento, incluso Itarina retrocedió.



Las dos Emperatrices Dragón, enemigas eternas, habían llegado a un acuerdo—algo que no había sucedido desde... ino, nunca había sucedido!

El aire espiritual ardía y se congelaba simultáneamente. Las esencias de Nivara y Crymsaria comenzaron a entrelazarse—fuego y hielo, creación y ruina, dos fuerzas imposibles coexistiendo por un solo propósito común: aniquilar a esta criatura.

El cuerpo de Vergil reaccionó inmediatamente.

Las venas de energía demoníaca de su cuerpo brillaban azules y rojas simultáneamente, alternándose en pulsos violentos.

Su sangre se evaporó, transformándose en llamas y cristales al mismo tiempo.

El suelo se abrió y el símbolo de los Dragones Gemelos —fuego y hielo entrelazados— brilló bajo sus pies.



Ada, todavía sosteniéndolo, sintió el toque de calor y frío atravesando su piel.

"Virgilio..." susurró, sintiendo algo mucho mayor que el poder —algo divino, antiguo, incontrolable.

Los ojos de Virgilio se abrieron de golpe.

Un oro ardiente en uno.

Un azul helado en el otro.



Su voz era baja, ronca, pero cargada de la autoridad de quien habla con dioses y monstruos: "Entonces... ¿incluso ustedes dos estuvieron de acuerdo?"

En el mundo espiritual, Crymsaria sonrió —una sonrisa salvaje, hecha de llama pura.

Nivara simplemente respondió con una mirada fría, pero el brillo en sus ojos decía lo mismo: hazlo.

Virgilio se puso de pie.

La sangre que fluía desaparecía antes de tocar el suelo.

Las heridas se cerraron en segundos.

El poder de dos emperadores dragón ahora se fusionó con la esencia demoníaca del Rey Demonio.

Al momento siguiente... Virgilio se hizo aún más fuerte.

